

Del barro: espacio y tradición en la cerámica de Tzintzuntzan

Daniela López e Ignacio Silva

Universidad Nacional Autónoma de México

La cerámica es el arte que utiliza uno de los elementos primordiales de la vida de los seres humanos: la tierra. Tocarla cuando está seca, amasarla cuando está húmeda, acariciarla, sentir cómo inunda las manos y, al mismo tiempo, se resbala por entre los dedos es una experiencia que nos acerca a la creación. No en vano las dos tradiciones de las que venimos nos hablan de seres que fueron creados a partir de la arcilla o de la masa de maíz.

La tradición se guarda en la memoria y se pasa a las nuevas generaciones a través de la palabra y la acción. Cuatro generaciones de ceramistas han llevado a Luis Manuel Morales a realizar obras que, por su calidad, han sido reconocidas alrededor del mundo. Desde niño

fue testigo del trabajo de su padre Miguel Morales; desde niño supo que su labor sería continuar con la tradición; desde niño quiso experimentar nuevas formas de crear.

Sus obras representan la vida cotidiana de los habitantes del lago de Pátzcuaro y la creencia que los moradores de las islas tienen desde los tatarabuelos hasta los nietos: la existencia de las sirenas. Sus líneas recuerdan el trazo de los códices antiguos; sus diseños son el recuerdo presente del dibujo tradicional lacustre. En sus obras se reproduce la condición binaria de las creencias mesoamericanas al pintar sirenas, seres acuáticos, que son cocidas por las altas temperaturas de los hornos cerámicos.



Las ideas y los sueños son el prelude de una obra cerámica. Gracias a ellos podemos imaginar un recipiente, una escultura o, incluso, un decorado sobre la cerámica roja, como nuestra piel. Tal vez nosotros seamos el sueño de un dios prehispánico; tal vez seamos el trazo que se le ocurrió; a lo mejor, cuando morimos, solamente somos borrados de un libro de pinturas. 





